
6 de enero de 2001

Querido Jono,

Te escribo para comunicarte que Marie ha fallecido. Sé que ella hubiera querido que lo supieras porque siempre mencionaba tus tarjetas navideñas.

Estuve con mi hermana, su esposo Chip y los niños unos días antes de Año Nuevo. Se echó una siesta de la que no despertó. Su funeral se celebró hace dos días, y la misa se llevó a cabo en Saint Martha. He adjuntado la tarjeta que encargamos con motivo del funeral. El padre Gallo ofició una ceremonia muy digna.

Desconocemos por qué nos ha dejado. Rhode Island solicitó una autopsia, pero aún no hemos sabido nada de los resultados.

Lamento tener que darte una noticia tan triste. ¿Y tú? ¿Qué tal estás? Mi madre aún vive y tiene ochenta y siete años. Que Dios la bendiga.

Tu viejo amigo,
Cubby D'Agostino

1.

En 1961 me enamoré locamente de Marie D'Agostino. Era alta y bonita, y olía como si acabara de secarse con una toalla tras salir de un baño de agua de rosas. Tenía la piel de un tono aceituna claro y, si bien los miembros de su familia se comportaban como campesinos sicilianos, Marie siempre se mostraba grácil y elegante. Recuerdo perfectamente sus dedos largos, y cómo los enredaba en su asombroso cabello negro. El cuello, al igual que los brazos y las piernas, era largo, y saltaba a la vista el esfuerzo que hacía por mantener la cabeza alta. Cuando se ponía nerviosa por algo, y sucedía a menudo, la zarandeaba como loca de un lado a otro. Incluso ese detalle se me antojaba adorable, porque daba un respiro a algo que por lo demás podía considerarse perfecto. Pero lo que me atrapó, o embujó, lo que me anegó, fue su voz profunda, redonda. Parecía alzar el vuelo desde su boquita y explotarte en plena cara. Y más que con cualquier otra faceta de este prodigioso ser humano, fue con ese sonido fiable y sereno con el que acabé comparando a todas las mujeres.

En 1961, Marie estaba a punto de cumplir doce años, y fuera lo que fuese que le sucedió entonces, lo cierto es que le ocurrió a toda velocidad, porque me di cuenta de que había cambiado de la noche a la mañana, y, como ya he dicho, me enamoré como un burro. Yo era un gordo de once años de la parte irlandesa de East Providence, de Cardinal Avenue para más señas, que está detrás de la fundición y a dos manzanas de la iglesia católica de Saint Martha.

Por aquel entonces salía con Cubby, hermano de Marie, su primo Billy Fontanelli y Bobby Fontes, que era

de ascendencia portuguesa, pero eso no nos importaba. Íbamos juntos a todas partes, y juntos también nos metíamos en líos. Estaba muy bien, y las reglas eran muy sencillas. Cubby era el líder porque parecía mayor que el resto, aunque no lo fuera, y quizá también porque a los once años ya llevaba pantalones largos y un corte de pelo a lo marine, rapado a los lados y con la parte superior un poco más larga. Además, tenía acceso a los cigarrillos Marlboro, que eran nuestros preferidos.

Recuerdo que fue al empezar el otoño. Yo acababa de someterme al tradicional corte de pelo a cepillo de vuelta al colegio, que por algún motivo me hacía sentir más delgado, aunque a juzgar por varias fotografías de aquella época parezco un saco de harina con orejas. Estábamos viendo la serie *Bilko* con Gran Tony, el viejo de Cubby, cuando de pronto sucedió. Tuve la impresión de que olía a rosas. De hecho, la olí antes de que entrase en la habitación. La acompañaba su madre, y volvían de comprar los bártulos de la escuela en la Outlet Company de Providence. Llevaba un peto rojo de pana sobre una blusa de manga larga de algodón, y calzaba unas deportivas Chuck Taylor negras, nuevas, de lona y caña alta. Remataba el conjunto la horquilla roja que llevaba en el pelo. Casi me da un infarto. Se dirigió a Billy. Creo que le preguntó si su hermana, una de sus amigas, acudiría aquella noche a la reunión de la Organización de Juventudes Católicas. Me parece que eso fue lo que dijo. No estoy seguro porque desde que la conocía era la primera vez que reparaba en esa voz. Era como el eco que reverbera en un pozo. Una voz que perduró en el ambiente incluso después de que dejara de hablar. Me puse en pie e hice un esfuerzo sobrehumano para meter tripa y parecer más delgado. Mantuve la mirada ligeramente por encima de su cabeza, técnica que alguien me había contado que te hace parecer mayor y te reviste de cierta madurez. Marie D'Agostino hizo una pausa. Fue como si el tiempo se hubiera conge-

lado una fracción de segundo. Tuve sus ojos negros sólo para mí. Su voz surgió lenta, sólida, aguda.

—Ya puestos, ¿por qué no me sacas una foto, Riley? —preguntó.

Pues sí, era a mí a quien hablaba: Jono Riley. Riley a secas, sin ningún otro apellido. Los Riley teníamos un solo apellido y un solo nombre de pila. Según mi viejo, había una ristra continua de Jonos Riley que se remontaba siglos en el tiempo, incluso antes del nacimiento de Cristo. Y no me parecía raro; y es que eso de construir pirámides, sobre todo el momento en el que tiras con cuerdas de enormes bloques de piedra para acabar aplastado por ellos, no era muy distinto del tipo de trabajos en los que se especializaban los Riley de Rhode Island. El caso es que a partir de ese primer intercambio con ella no pude pensar en nada más, ni imaginar nada más bonito que verme incluido de algún modo en la amplia órbita que todo lo abarcaba de Marie.

Yo vivía casi a la vuelta de la esquina de los D'Agostino, aunque a los genios que habían organizado la distribución de alumnos en las escuelas primarias les hubiera dado lo mismo que residiese en Seekonk, Massachusetts. Marie iba a empezar sexto curso en Kent Heights, y a mí me enviaron a la escuela de Brightridge, a un kilómetro y medio de Pawtucket Avenue. No hacía falta ser un Einstein para suponer que si quería tener la oportunidad de causarle cierta impresión, tendría que aprovechar las reuniones de la Organización de Juventudes Católicas y los fines de semana que pasaba con Cubby. Tracé una estrategia fundamentada en la constancia: si estaba presente de forma constante, a Marie le resultaría difícil evitar interaccionar socialmente conmigo. Por ejemplo, además de la OJC, que se reunía los martes y domingos por la noche, descubrí que si iba caminando a la escuela dando un rodeo, atajando por la fundición y enfilando Chester Street, para atravesar luego Canton y King Philip Street,

acabaría pasando como quien no quiere la cosa por Kent Heights en el preciso instante en que Marie y Cubby se dirigían a la escuela.

—Eh, qué pasa —saludaría a Cubby.

En aquella fase del asunto era importante no hacer mucho caso a Marie.

—Qué pasa —respondería Cubby.

Marie pondría cara de aburrída, que era lo que solía hacer.

—Bobo —diría, si es que decía algo. Bobo era el apodo que me había puesto su padre, Gran Tony. Éste ponía motes a todo el mundo. El de Billy Fontanelli era Gran Billy; Bobby Fontes era Bobín, y yo era Bobo. Su madre solía llamarme Riley. También solía decir que yo vivía a lo Riley*.

En fin, en realidad no recuerdo gran cosa de nada, así que me voy a centrar en el momento clave, que fue dos días después de la Navidad de 1961. El suelo estaba cubierto de nieve tras el temporal que había caído en Nochebuena. Algunos de los chicos del instituto se habían ido a Kent Woods, que estaba detrás de la escuela de Kent Heights, a quitar pala en mano la nieve del estanque de Kent, y habilitarlo a modo de pista de hockey. Era la pista de hockey tradicional desde hacía más tiempo del que nadie era capaz de recordar. Mi viejo había jugado allí, e incluso Pilón Pendergast, *enforcer* de los Providence Reds, se había bregado en esa misma pista.

Espero que no parezca que alardeo de nada inmerecidamente, pero es importante para explicar lo sucedido aquel día en particular —o, para ser más preciso, aquella

* Esta expresión, traducida literalmente del inglés, se remonta a la penúltima década del siglo XIX, y alude a alguien que vive del esfuerzo ajeno por ser un mantenido, aunque no tenga necesariamente una connotación negativa. El personaje de la novela probablemente la conoce por la serie de programas estadounidenses de radio y televisión de los años cuarenta y cincuenta que tuvieron por protagonistas a la ficticia familia Riley. (*N. del T.*)

tarde— confesar que, a pesar de tener once años, yo era un extraordinario jugador de hockey. Sobre los patines gozaba de una elegancia que prácticamente me rehuía en todos los demás aspectos de ese primer tramo de mi vida. Tenía mucho peligro manejando el stick, y cuando me escogieron para jugar contra los chicos del instituto, atacué la red contraria con una agresividad que me sorprendió. Imposible comprender o explicar con palabras el modo en que me transformaba cuando me subía a unos patines, aunque, al mirar hacia atrás como hacemos en ocasiones, ahora comprendo que sobre el hielo me comportaba como un renacuajo arrogante. Llevaba un par de pantalones de pana metidos dentro de las medias, con el *Providence Journal* enrollado protegiéndome las espinillas. También me ponía la camiseta de cuando mi viejo jugaba en el instituto de East Providence con el número dieciséis. Llevé esa camiseta hasta que obtuve una propia y conduje al EP a disputar la final estatal frente al Mount Saint Charles, en lo que habría sido el tercer título consecutivo si los cabrones de los árbitros (que por cierto eran francocanadienses y pertenecían a la congregación de los Hermanos Cristianos) no hubieran anulado el segundo tanto cuando había pasado claramente de la línea. Aunque todo eso no importa.

Aquella tarde en concreto, dos días después de la Navidad, como ya he dicho, Denny Cunha me escogió para completar su equipo de compinches. Denny y los suyos eran de ascendencia portuguesa y jugaban con la sutileza que a mí me gusta, con gran énfasis en la circulación del disco y cierta generosidad a la hora de lanzar a puerta. Nos enfrentamos a la chusma italiano-irlandesa de Poochy Ponserelli y Jack Crosby, de Riverside Terrace. Los odiaba por muchos motivos, aunque el principal era que, debido a que yo tenía tan sólo once años, Crosby me hacía llamarle «señor Crosby». Esos tipos jugaban como los matones que eran, con una tosquedad que incluso un aficio-

nado ocasional del juego sabría reconocer. Así que mientras Cunha, su hermano Jim, Gene Rezendes y los otros portugueses saltaban a la pista con imaginación y *savoir faire*, esos zoquetes llevaban una especie de agresividad callejera a la pista. Por no decir que tenía que andarme con mucho ojo para evitar lucirme ante aquella atroz mezcla de italianos e irlandeses. Me refiero a que quizá Jack Crosby no pasaba de ser un bocazas, pero Poochy Ponserelli hacía pagar un alto precio a cualquiera que se le interpusiera en su camino.

Me quedé atrás, como solía hacer cuando jugaba con ellos, concentrado en la defensa. A veces, Crosby patinaba a mi lado, me daba un empujón y me llamaba maricón, lo cual no me impedía disfrutar de la oportunidad de estar en la pista, por mucho que tuviese que contenerme. Fue entonces cuando vi a Marie. Se había acercado para patinar con Peggy, la hermana de Billy Fontanelli, y ambas giraban sobre sí al otro lado de la nieve amontonada que delimitaba la pista de hockey. Me vio, me saludó y sonrió. Yo le devolví el saludo con el stick. Marie y Peggy se acercaron patinando al muro bajo que formaba la nieve y ella me dijo algo. Me esforzaba por oírlo cuando Crosby se deslizó a mi lado y me dio un golpe con el hombro en la nuca. Caí hacia adelante, más incómodo por el hecho de que Marie hubiese visto cómo me chuleaban que dolorido. Al incorporarme me fui derecho por la pastilla. Se la quité con facilidad al señor Crosby, y cubrí la pista como una exhalación. Al acercarme a Poochy Ponserelli, que defendía la red, alcancé a oír cómo me amenazaba.

—¡Ni se te ocurra! ¡Ni se te ocurra!

Cuando lo pienso, entiendo la ira de Ponserelli, goleado no sólo una sino dos veces por el culo gordo de Pillsbury enfundado en su pantalón corto de pana, aunque sigo pensando que se le fue un poco la mano cuando le dio por romperme el stick en la cabeza.

Me la estaba frotando mientras hacía un esfuerzo por contener las lágrimas. Marie recogió las dos mitades de mi stick, autografiado por el propio Gordie Howe, y me las acercó.

—Ese tipo ha quedado como un mamarracho al golpearte y todo eso —me aseguró mientras me devolvía el palo roto—. Has jugado muy bien.

Sonreí, o al menos lo intenté. Se me estaba formando un chichón en la parte superior de mi ya de por sí enorme pelota.

Marie recogió un poco de nieve y me la puso en la cabeza.

—Vamos —dijo.

La seguí hasta el campo que se extendía junto a la escuela de Kent Heights, y de allí a la iglesia de Saint Martha. Comprendí que Marie me estaba acompañando a casa.

—No dejes de presionarte la nieve en la cabeza, Riley.

Se detuvo un momento a la sombra del depósito de aguas de East Providence para tumbarse en la nieve y dibujar un ángel. No lo hizo por montar el numerito ni nada. Fue como si se viera obligada a ello al ver que nadie había pisado la nieve. No había una sola huella por allí. La estuve observando, y luego yo también me tumbé y me puse a mover brazos y piernas para dibujar otro. Al levantarnos, comparé ambos. El suyo era como una mariposa, que es a lo que se supone que deberían parecerse los ángeles de nieve. El mío se asemejaba más a una especie de polla. Una de esas gordas que golpean sin cesar las ventanas de la cocina para arrimarse a la luz.

Puede que todo esto no parezcan más que detalles sin importancia acontecidos aquel día perturbador, pero tengo la impresión de que la manera de afrontar el misterio consiste en reunir tantos componentes como sea capaz de recordar, y darles una especie de orden. Establecer una

relación entre todos ellos. Una semejanza con algo. Porque, como decía, ella estaba de pie a mi izquierda, contemplando nuestra obra, cuando la bala la alcanzó justo encima del omoplato izquierdo y la hizo caer sobre mi ángel.